

tes brazos, que se llama Neptuno. En este combate religioso las mujeres vencieron á los hombres por un voto, y entonces Neptuno, airado, sugirió á sus fieles: primero, quitar á las mujeres el derecho que hasta entonces habían gozado y ejercido de tener un voto en las asambleas públicas; segundo, el prohibir á los hijos la designación de su apellido con el nombre maternal; tercero, negar á las esposas el título y el ministerio de ciudadanía reservado completamente á los maridos. Nos hemos parado en estas particularidades por una razón muy sencilla, porque al predominio de la mujer en la sociedad, y á su ejercicio directo del gobierno, se les ha llamado, no solamente, como hemos dicho arriba, ginecocracia, sino también demeterianismo, del nombre griego que llevara Ceres.

Pero el que las mujeres perdieran su autoridad política no llevaba, no, aparejada la pérdida de su poder intelectual y moral. Recordad que Grecia lucha con Troya por Helena; que Jasón el argonauta se rinde y somete á la imperiosa Medea; que Ulises encuentra en una parte á Circe y en otra parte á Calipso, quedando siempre devoto de Penélope; que á pesar de su fortaleza Hércules parece un esclavo de Onfala; que los helenos combatieron bajo la virginal Atenea y tomaron las clámides santas de esta diosa por egida; que Teseo, aquel semidiós á quien

tanto deben los atenienses, lleva consigo hasta Napsos la hija de Ninos, Ariadna; que los misterios de Eleúsis, donde se adoraba la reproducción, servían para consagrar más y más la castidad de las mujeres; que acaban en Ifigenia los sacrificios humanos, porque los griegos ofrecen á sus dioses airados, en vez de la hermosa virgen, una hermosa ternera; que los pelagos han llamado á Ceres Deméter para dar á la tierra, con el nombre inmortal de esta diosa, el nombre también de madre; que las ninfas escondidas en las claras aguas del arroyo Liceo cuidan á Júpiter niño; que las musas, hijas de la naturaleza, madres de la poesía, como las sacerdotisas, como las sibilas, recuerdan el predominio ejercido por la mujer en todo el mundo helénico, aun después de haber abandonado aquel predominio político é inmenso poder social ejercido y gozado por ellas durante mucho tiempo. Pero no importa que deje de ser tirana en la plaza pública cuando conserva su dominio en la religión y en la poesía. De roja sangre arrancada por Apolo á ninfa hermosísima, se tiñe la flor del laurel rosa, llamado entre nosotros con el nombre de adelfa; otra ninfa, llamada Hebe, ofrece á los dioses en áurea copa la dulce ambrosía que los nutre y los sustenta; Isis apareja el carro al día y lo conducen las Horas; la Náyade, reclusa en rústica gruta, mana el agua de los arroyos, y

las Parcas representan la muerte, y las Furias los remordimientos, y la venganza Némesis, y la justicia Temis, y la sabiduría Minerva, y el terror Gorgona, y las ondas Anfitrite, y las nieblas y las espumas Tetis, y Galatea las riberas, y Venus el amor, y Diana la castidad, y Hécate la vida infernal, para que todo en el universo tenga formas femeninas á los ojos del griego, tan poeta, y todos los seres sean como las notas de un himno elevado á las alturas por un coro de mujeres hermosísimas. Así la divinidad no podía reducirse allí meramente al sexo masculino. Para representar la grande apotheosis de la naturaleza humana, tenía la divinidad que reunir los dos sexos, y por eso tantas son las diosas cuantos son los dioses. El dios puramente semita, en la cúspide altísima de los cielos alzado, sin padre, sin mujer, sin hijos, no podía entrar en el concepto de los griegos, los cuales, antropomorfos esencialmente, veían todas las cosas en la humanidad y á todas les prestaban por igual, aun á las inanimadas é inertes, nuestro espíritu, nuestras pasiones, nuestras creencias, nuestras ideas respectivamente, nuestros sexos también. De tal origen proviene que haya diosas y dioses en el Olimpo heleno.

Ceres, como hemos dicho, diviniza la tierra vegetal, y, como también hemos dicho, lleva en Grecia el

nombre de Deméter, que significa madre. Aun hoy, después de haber la religión del espíritu vencido tan completamente al dios Naturaleza, conocemos con el nombre de madre tierra el elemento que nos vivifica y que nos nutre. La teogonía helena tiene que hacer con las primitivas familias mitológicas algo de lo que hace la Biblia semita con nuestros primeros padres, derivar los humanos de incestos, inevitables cuando se atribuye á una sola pareja el origen y raíz de su especie. Los hijos de Adán tuvieron que casarse por fuerza entre sí para perpetuar la especie humana, y los hijos de Saturno, los hijos del tiempo, hicieron exactamente lo mismo. El curso de los días engendró el cielo á quien llamaron Júpiter, y el curso de los días engendró la tierra vegetal á quien llamaron Deméter ó Ceres. Júpiter el cielo y Ceres la tierra, habían de ser por necesidad hermanos como hijos del tiempo. Mas la tierra necesitaba para fecundizarse del cielo, y el cielo para producir necesitaba de la tierra, como necesita la mujer del hombre y el hombre de la mujer. Así, pues, el cielo y la tierra, enamorados, se casaron, y de su matrimonio provinieron las plantas y los frutos. Júpiter y Ceres se casaron, pues, y fueron, por ende, á un tiempo hermanos y esposos. Si paramos un poco las mientes en el trabajo de fecundación que traen á todo traer los campos en su

perpetuo producir, bien pronto nos convenceremos de la natural alegoría contenida en todos estos hermosos mitos helenos. La semilla que brota, el tallo que se corona de flores y de frutos en la sucesión del tiempo, la mariposa que vuela sobre la florecencia, la fructificación, el replante y la resiembra, todo esto proviene de un matrimonio, del matrimonio de la tierra con el cielo.

Ceres pasó por traslación de sentido á significar tanto como pan. Hoy mismo no pueden referirse los poetas que llaman al trigo Ceres y Baco al vino. Pues igual sucedía en los tiempos antiguos, tanto, que Cicerón lo advirtió á su tiempo y á su pueblo, á fin de disuadirlos con sus advertencias de que creyeran comerse á su diosa cuando se comían bien amasada y bien compuesta su harina. Los atributos de Ceres han llegado hasta nosotros en las obras antiguas. Yo la recuerdo en mis viajes por las orillas de la bahía partenopea, yo la recuerdo pintada con su nimbo á modo de nuestras santas, el peinado á la griega, la corona de áureas espigas entrelazadas con adormideras en las sienes, el canastillo de frutos en la siniestra mano, la luciente antorcha en la diestra, la túnica de largos pliegues ceñiendo el cuerpo, un *peplum* sobre los hombros, y en los piés las antiguas hermosas sandalias. Bien es verdad que las artes y los artistas no solían, en los clásicos

tiempos, conformarse con la hierática liturgia y pintar las diosas y los dioses cual en los altares se hallaban consagrados por la teocracia y transmitidos por la tradición; al revés, como quiera que las bellas artes subían á recoger la inspiración personal, y necesitaban, por tanto, de la libertad, escultores y pintores trazaban á su guisa las divinidades, vistiéndolas con los caracteres más convenientes á la expresión artística y más acomodados á los pinceles y buriles. Todavía recuerdo la Ceres colosal que lleva el nombre de los Borgueses en Roma. Pocos atributos la distinguen de las esculturas antiguas. Un simple cinturón ceñe su cuerpo y una cinta orna tan solo su cabeza. Robusta y bien proporcionada, con forma de mujer, y de mujer campestre, no de divinidad olímpica, jamás la tomaríais por lo que representa y significa si en la diestra no llevara su ramillete de adormideras y espigas, como en la siniestra su antorcha esclarecedora.

Pero no sólo nos ha guardado el mundo antiguo la imagen de Ceres en sus cuadros y en sus estatuas; nos la ha guardado en sus medallas también. Las sicilianas, especialmente aquellas forjadas en Siracusa, obras maestras son del maestro arte antiguo. No puede darse finura de buril como la revelada en estas escultóricas creaciones de los escultores por excelencia. El perfil de aquellos rostros ar-

moniosos; la línea de su nariz, llamada griega por antonomasia; los grandes ojos encerrados en amplios párpados y que diríais por una centella de vida encendidos; el cuello, semejante á una columna doria; los zarcillos; la corona de rubias espigas; todo cuanto constituye aquellas medallas, todo es de una perfección tal que no ha sido sobrepujada todavía y que quizá no pueda serlo, á pesar de la perfección de nuestras industrias y la riqueza de nuestros medios, hasta la consumación de los tiempos. ¿Por qué Ceres tiene las adormideras entre sus atributos de tal modo, que hasta en las medallas y en los objetos más diminutos relativos á su culto las ostenta? Pues las lleva porque la flor de las adormideras tienen forma de cabeza y porque dentro de su seno se contienen muchas semillas. Por su forma, las adormideras simbolizan la tierra, es decir, la madre de Ceres, y por sus simientes simbolizan la fecundidad. También vemos en los reversos de algunas medallas la figura de un cerdo, la cual figura significa, lo mismo que las adormideras, el principio divino de la fecundidad terrestre. Los odres llenos de agua que algunas veces acompañan á la diosa, los haces de sus espigas, las flores de sus adormideras, las guirnaldas que ciñen sus sienes, las antorchas que agitan sus manos, los vestidos flotantes como los aires, el *peplum* hermosísimo el

carro unas veces de alas ceñido y otras veces tirado por dragones, todo esto representa en la liturgia y en el arte antiguos lo que más agradecían á la tierra los hombres, su próspera fecundidad.

Caracteriza, pues, á la Ceres divina indudablemente su amor de madre. Una hija tan sólo ha tenido, llamada en lengua helena Kora y en lengua romana Proserpina. Esta unigénita señorea el corazón de su madre. Mírala con esos ojos encendidos en el amor maternal, que no puede compararse con llama ninguna, porque su ardor produce tibios y suaves resplandores. Óyela con ese arrobamiento de la oreja maternal, que sabe oírlo todo, atender á todo, para precaver, y celar, y seguir al fruto de las entrañas, prendido al seno materno por toda una eternidad. Ceres teme que su hija se pague de algún mortal, y enamorada se case, privándola de su presencia. Por eso la recata con recelo y la cuida con solicitud. Pero ¿quién podrá librarse del amor en este mundo nuestro? Desde la estrella que centellea en lo infinito hasta la luciérnaga que se oculta bajo tenue hoja, en todos los seres hállase como la vida que los conserva, el amor que los reproduce y que los perpetúa. Proserpina debe inspirar esta pasión por jóven, por hermosa, pues los griegos se guardaron muy bien de creer á sus dioses capaces de superar el amor. Un día Cupido y Venus habla-

ban, como hijo y madre, acerca de la universalidad que alcanza el amor. Inclínadas las dos divinidades sobre la creación, veían con gozo cómo amaban desde los insectos hasta los soles, desde las palomas en sus nidos hasta en sus madrigueras los tigres y leones. Representantes la diosa Venus y el dios Cupido en las teogonías helénicas de la gran pasión, debían gozarse mucho viendo cómo arranca sus notas al arpa y sus gorjeos al ave, sus iris al pincel y sus matices al iris, sus latidos al corazón y sus inspiraciones á la fantasía, dejando con su fuerza creadora por todas partes el testimonio vivo de que ningún sér creado ha podido exentarse á su imperio, pues hasta las frías moléculas se hallan en los cuerpos más fríos mantenidas por afinidades y por cohesiones amorosas.

Pero de pronto hijo y madre observan que allá en los infiernos hay un dios, Plutón, el cual no quiere amar. ¿Y cómo amaría este dios? Anímalo como único numen el odio, envuélvenlo en su manto las tinieblas; el frío que le llevan los muertos, á quienes encierra en sus dominios, trasciende hasta sus mismas venas, y para su oficio de atormentar y de punir bástale tan sólo con de veras aborrecer. El infeliz Plutón estaba privado de querer, y como privado de querer no podía rendirse al amor. Venus, buscando una excepción al imperio de su hijo,

mostróle con ironía y hasta con chacota el dios de los infiernos. Viólo Cupido y se propuso empujarlo á sus dominios. Sicilia representa una gran parte del teatro antiguo donde pasan las escenas divinas. Su posición entre Italia y Grecia; sus mares tan hermosos; sus escollos tan lucientes; las hendiduras de sus valles, donde crecen mirtos y adelfas tan propicios á las divinidades antiguas; el Etna que brama y fulgura enrojeciendo aquellos cielos azules con sus reverberaciones y fecundando aquellas tierras hermosas con sus lavas, todos estos contrastes de su naturaleza y todas estas manifestaciones de su vida le dieron el prodigioso atractivo al cual debió el privilegio de ofrecer un teatro, y un teatro apropiado á los divinos dramas y á las divinas escenas.

Acababa el Etna de producir una erupción espantosa. El titán Tifón, encerrado en sus entrañas, acababa de sacudirlo con fuerza. Merced á tal sacudimiento, sus suelos habían temblado, subvertídose sus raíces, fulgurado su boca llamas ardientes, llovido su seno sobre las campiñas como una lluvia de tonantes aereolitos, devastado sus lavas fecundas planicies, extendiéndose hasta muy lejos los sacudimientos de sus terremotos y las nubes de sus erupciones. Necesitado de poner en todas estas violencias de aquella tierra epiléptica orden y con-

cierto, subió Plutón del suelo de su infierno al suelo de su Sicilia.

Sicilia es así, contradictoria, llena de contrastes. En los repliegues de aquel encendido monte, que á veces un sol en descomposición y á veces un planeta en formación semeja, en los repliegues de aquel encendido monte dilátanse honduras pobladas de árboles, vestidas de musgo, donde se oye piar el nido y balar al recental junto á claros manantiales, sobre cuyas claras linfas llueven las flores aromados pétalos. En uno de tales valles, cercano al sitio por Plutón recorrido, hallábase la hija de Ceres, llamada, como ya hemos dicho, por los griegos Kora, por los romanos Proserpina. A la sombra de los altos olmos abrazados por las parras, sobre un césped todo cubierto de flores, viendo bajo sus piés el mar azul que mandaba conchas y corales á la orillas, sobre su cabeza el Etna rojo que, apaciguado ya, lucía como un astro más en aquel cielo serenísimo, holgábase Proserpina en coger flores y en formar ramilletes, acompañada por sus ninfas. Plutón la entrevió, y al entreverla por casualidad disparóle Cupido con acierto su flecha venenosa. No podía el genio de los amores haber escogido una ocasión más propicia. Lo voluptuoso del sitio, lo alegre de la vida por aquellos espacios rebosante, los ecos difundidos en los aires, las huellas

impresas en el suelo, todo convidaba, todo, al amor, y todo hacía que una flecha pudiese morder allí con mayor facilidad los corazones y entrar en sus senos más profundamente. Lo cierto es que Plutón se resintió por completo á la herida en su pecho abierta por el amor. Y esta pasión, que ciega la vista material, que os embriaga como el vino viejo, que os retrae del mundo, que os abisma en sus goces, que os subyuga con su incontrastable imperio, asió al dios del odio y le empujó hacia Proserpina con violentísimo empuje, sugiriéndole una propensión invencible á poseerla y llevársela consigo á sus profundos y horribles dominios.

El aire con dulces cánticos resonaba y olía con dulcísimos aromas. Las ninfas retozonas descubrían, sin quererlo, en su carrera, ocultas y seductoras gracias. La risa escapada de rosáceos labios, y el calor difundido por amorosas miradas, hubieran puesto en exaltación irremediable lo mismo á un mortal que á un dios. Y, entre todas las ninfas, aquella que más locamente reía y con más amor miraba y mayores atractivos en su persona tenía, era indudablemente Proserpina, quien cantaba sin tregua y con voluptuosidad se ponía sobre sus sienes las más hermosas flores. En vocinglera disputa estaban sobre quién había cogido jazmín más albo y rosa más oliente, cuando Plutón penetra en el corro

á la callada, y, sorprendiendo á las ninfas como sólo sabían los antiguos dioses sorprenderlas, coge á Proserpina por la cintura, súbela en su carro, y azotados los caballos que de éste tiran, arrástrala consigo á los abismos, abriendo la tierra con su tridente y sepultando la querida presa en insondables honduras. La ninfa Ciana, compañera de Proserpina, fué la sola en ver á Plutón y la sola en querer detenerlo. Ella gritó con su voz aguda el peligro; ella interpuso sus blancos torneados brazos para evitar el rapto; ella, que había visto el raptor y atisbado el camino por donde se iba, pudo muy bien delatarlo y decir á los dioses del Olimpo cómo y dónde habían encerrado á Proserpina los dioses del infierno. Pero entre las virtudes que poseían los dioses helénicos hallábase una especialísima, la de transformar los seres animados en inanimados, los inanimados en animados, revistiendo todas las cosas á una del organismo y de la vida que á ellos les placía. Así convirtió á Ciana, la virgen vigilante y cuidadosa, en melodiosísimo y fluvente manantial. De aquí la poesía helena. Una flor, una mota, un breve nido, una humilde fuente, manaban inspiraciones, y en su animación tenían una sencilla y tierna historia.

Los bajorelieves antiguos presentan el robo de Proserpina por Plutón en los sarcófagos, porque tal hecho, á no dudarlo, representa y significa la des-

aparición del sér por medio de la muerte y su caída ó sumersión en el sepulcro. Allí se ven los geniecillos conduciendo los caballos que Mercurio lleva de la brida, camino del infierno, y á Proserpina desmayada en brazos de Plutón, que corre arrastrada por cisnes con colas de serpientes en pos del raptor y de su hija. La desesperación de Ceres ha logrado múltiples encarecimientos en la poesía clásica. Sus viajes en requerimiento del fugitivo no se dan reposo. Búscalo ansiosa por todas partes, pero sin saber quién es ni dónde se encierra. En vano retuerce sus brazos de dolor, llamando al cielo con repetidas instancias; en vano conjura con súplicas apremiantes á los dioses para que le revelen el sitio donde se ha guarecido la robada; en vano recorre toda la tierra; el secreto queda completamente oculto y ningún sér lo revela. Ceres, que ha concentrado todos sus amores en su hija, pasa por sufrimientos indecibles. Niégase á tomar alimento su estómago y á cerrarse sus párpados en el sueño. Fuera de sí, corre todas las vías é interroga con importunidad á todos los viandantes. Una vez entra en grosera cabaña, donde, por el hambre y por la sed excitada, pide á una pobre anciana, residente allí, que le dé á comer cuanto á mano tuviera. La infeliz campesina tan sólo puede procurarle aquellos groserísimos manjares propios de su pobre

condición y de su despensa humildísima. Pero la diosa, que ayunara días y días, rendíase por fin al imperio de la necesidad, y, afanosísima, devoraba sin mirarlos y sin olerlos, en su hambre voraz, los groseros alimentos. Riósele un nieto de la vieja, y en castigo convirtiolo Ceres en lagarto. Después de haberle arrojado los alimentos al rostro, le ensució con máculas, y lo redujo á las dimensiones propias de tal reptilillo. La indagación de Ceres duró largo tiempo, é interrogó á todos cuantos pudieran darle noticias de su hija. Un día dirigió sus interrogaciones á la fuentecilla Ciana, mas como quiera que la fuentecilla careciese de palabra, no pudo, en su mudez, darle indicación alguna. El cinto de Proserpina flotaba en su corriente; pero carecía de toda señal indicativa del sitio donde había ido á parar la joven. Compadecido el sol de aquellos dolores de madre, atrevióse á indicar que no estaba la ninfa perdida en el mundo por sus rayos esclarecidos, sino en otro mundo quizás donde no penetraba su luz. Sabido esto, subió Ceres al trono de su hermano y marido Júpiter. Bañado en lágrimas el rostro de la diosa, y asidas sus manos á los piés de Júpiter, pidióle con clamorosas instancias la reaparición de su hija. Pero Júpiter no la escuchó. Entonces, irritada, fuera de sí, recordando cómo poseía un dominio suyo y estaba en el caso

de regirlo á su arbitrio, decidió mostrar al cielo cuanto ella podía con su propia voluntad hacer en la tierra. Y dijo que estaba resuelta por completo á impedirle toda producción de flores y de frutos, volviéndola estéril ó árida, y despojándola de todos sus seres y de todas sus bellezas.

Júpiter, conmovido á esta grande amenaza, prometió volver de nuevo al día y á su luz Proserpina, con tal de que no hubiese comido nada en los infiernos. Sabido por Ceres el sitio donde se hallaba su hija, encaminóse á él. Ascálafo, mozo infernal, hijo del Aqueronte, supo con tiempo el viaje de Ceres y se lo comunicó á Plutón. Indignada la diosa contra el mancebo por haber visto lo que no debía ver, trocólo en mochuelo, en el pájaro que ve por la noche. La condición puesta por Júpiter al regreso de Proserpina, diosa ya en las regiones infernales, la condición de que no comiese nada en su estado nuevo y en su nuevo reino, marró por completo, pues llegó á comer un gajo de granada. Por eso tal fruta representaba en los tiempos antiguos el amor y simbolizaba el matrimonio. En tal situación extraña, no queriendo Plutón, ó el inferno, soltar su presa; ni la tierra, ó Ceres, á su hija renunciar para siempre, pactaron un convenio, por el cual Proserpina viviría la mitad del año con su esposo y la otra mitad del año con su madre. To-